



La Iluminación

SOFÍA IRENE CARDONA¹⁰¹

Magda debió recordar el parto de Federico cuando logró soltarse de los brazos del policía conmovido y alcanzó a ver la cabeza de su hijo ladeada sobre la acera. Parecía que lo habían colocado delicadamente con un brazo extendido hacia adelante, como para no hacerle daño. También la gente, detrás de la cinta amarilla, trataba de alcanzar un ángulo más cómodo para observar el espectáculo. Magda, a pesar de la violencia con la que había logrado llegar hasta el cuerpo, no siguió el guión acostumbrado y se quedó inmóvil frente al cadáver. No escuchaba a los guardias vociferándole al público, ni las alarmas, ni las voces de la multitud; había ensordecido. Se quedó inmóvil, como una actriz que olvida su parlamento en medio del escenario, y observó los detalles del cuerpo de su hijo. Se fijó una vez más, una última vez, en las venas que cruzaban apaciblemente la quietud morena de su antebrazo adolescente. Era hermoso Federico. Siempre lo fue. Lo había sido.

Alguna vez le había cantado ay querido, ay querido Federico, abrazando aquella breve humanidad, protegiéndolo del viento frío y de la mala suerte. Creyó haberlo protegido tanto que temió hacerle daño. Tanto temió que cuando el niño empezó a cambiar de voz y le avergonzaba abrazar a la madre ante los otros, transformó toda aquella pasión en recelo: cuidado, Magda, te va a salir maricón. Allí estaba el hermoso Federico, con su cuerpo atravesado de plomo, tan vulgar como los otros que murieron la semana anterior, prometiendo ocupar el mismo espacio en los periódicos. Otro muchacho más, otro vencido.

101 Sofía Irene Cardona (San Juan, Puerto Rico, 1962) ha publicado poemas y relatos en páginas electrónicas, revistas y periódicos, principalmente puertorriqueños. Es autora del poemario *La habitación oscura* (Terranova, 2006) y de las narraciones de *El libro de las imaginadas* (Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 2008). Este último mereció el Segundo Premio de Literatura del Instituto de Literatura Puertorriqueña 2008 y el Primer Premio de Narrativa del Pen Club de Puerto Rico del mismo año. Su cuento, "La maravillosa visita del calzadísimo extranjero" fue premiado en el Primer Certamen del Cuento Infantil 2006, organizado por la Editorial Santillana y el periódico *El Nuevo Día*. Colabora regularmente en las columnas "Buscapié" de *El Nuevo Día* y "Fuera del quicio" del suplemento cultural "En Rojo" del semanario *Claridad*. Publicó un escogido de estas últimas ediciones bajo el mismo título, en colaboración con Vanessa Vilches Norat y Mari Mari Narváez, para el sello Aguilar, en el 2007. Además de su labor como escritora, enseña Literatura Española en el Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras. Contacto: sicardona@coqui.net.



Pero no era uno más, era el único para Magda, que cayó desvanecida después de posar ante la cámara figurando la madre dolorosa, una imagen que quedaría también desvanecida en la retina de la teleaudiencia nocturna. No era uno más, creía. Pero lo era.

Magda pasó esa noche anestesiada frente al televisor, brincando imágenes mudas que vacilaban de la alegría al peligro, del color a la oscuridad. Las vecinas trataron en vano de reanimarla, de sacarla de su estado hipnótico, pero juzgaron más prudente dejar que se entregara al dolor a su manera. Parecía buscar en la luz azulada del aparato una visión que la consolara o que al menos le ofreciera una explicación.

Pasaron meses después de aquella noche, pasaron uno a uno los días de aquellos meses por su casa y por su cuerpo. Magda se sentó cada uno de esos días, desde el amanecer hasta el desfallecimiento, frente al televisor mudo, a la espera de la Iluminación.

Cuando abría los ojos, impulsada por un secreto soplo de vida, Magda fijaba la mirada en la pantalla. Afuera sonaban los ruidos del vecindario que ya después de dos semanas continuó su rutina y olvidó a la madre huérfana. Se sentía el runrún del jardinero de la escuela, los carros que frenaban en la esquina de la calle, las voces de los muchachos que pasaban frente al balcón. Las imágenes no correspondían a los ruidos pero Magda se concentraba en ellas y observaba los detalles de los fondos como si buscara en ellas algún fantasma. Sólo por las tardes, cuando doña Hilda, la única que se acordaba de su padecimiento, le traía la cena, Magda parecía recuperar un poco de su humanidad.

Hilda entraba cautelosamente por la puerta de la cocina y, sin dirigirle la palabra, le servía la comida en una bandeja que colocaba frente al televisor. Se sentaba junto a ella y cenaban sin hablar. De vez en cuando Hilda buscaba en el rostro de Magda alguna señal de su regreso al mundo de los vivos, pero terminaba dándose por vencida y volvía a su casa.

Tal vez hubieran seguido esa rutina si Hilda no se hubiera enfermado súbitamente. Hilda dejó de venir y Magda dejó de comer. Otras vecinas pretendieron sustituir a la dedicada anciana, pero se cansaron del mutismo de Magda, cuya



pena ya estaba opacada en el vecindario por más recientes y rotundas desgracias. Magda continuó buscando la Iluminación en la pantalla del aparato, ahora con el estómago vacío y sin la compañía de Hilda.

El hambre le hizo tantas trampas como revelaciones. Creyó escuchar el eco de conversaciones antiguas, dictados escolares y murmullos indescifrables provenientes de las mudas bocinas del aparato luminoso. Se encontró contando los segundos que duraban los cuadros de las imágenes y reconociendo similitudes en rostros a primera vista completamente extraños. Les adivinó los nombres, les inventó el destino y luego, al recordar a Federico, los olvidaba para abismarse en su propio dolor. A esa hora de la madrugada, ya Magda no escuchaba más voces. Así pasó tres días, transformándose en puro espíritu, sin acordarse de su cuerpo ni del mundo que insistía en invadir el silencio de la sala.

Fue entonces que salió en las noticias la historia del niño asesinado. Apareció justo después de la imagen del niño sonriente. Era evidente que se trataba de otra criatura, pero hacía días que el ayuno le agudizaba a Magda la suspicacia y por un momento le pareció que se relacionaban. La foto estaba en un recuadro de la pantalla. De fondo, unos policías acordonaban el patio de una casa tan familiar, que pudo haber sido la suya. Magda sintió un escalofrío cuando vio en la pantalla la imagen de un bulto negro sobre una camilla. Se asomó por la ventana, vio que la calle estaba tranquila, con los ruidos de siempre, y se acordó de que Hilda tampoco había venido esa tarde. Volvió la vista al televisor y le sorprendió encontrar la carrera de un perro agradecido hacia los brazos de su amo. El brillo de los colores le hirió los ojos y los cerró en un desmayo.

Al día siguiente, a la misma hora, recuperó el sentido a tiempo para volver a ver la foto del niño. Esta vez el recuadro dejaba ver un camposanto desolado: dos mujeres se protegían de la lluvia bajo un paraguas y miraban impávidas a un hombre que colocaba en la fosa un pequeño ataúd. Una máquina amarilla empujó un montón de tierra y el ataúd desapareció. Las mujeres se retiraron haciendo equilibrios para no caer en el lodo. Magda hacía esfuerzos por comprender la imagen muda cuando apareció en la pantalla un joven como Federico que inclinaba la frente escondiéndose de la cámara. Llevaba los brazos atrás, las manos esposadas a la espalda. Detrás iba una muchacha que, también maniata-da, intentaba inútilmente ocultar su cara. Varios hombres con gafas oscuras los



zarandeaban buscando paso entre los periodistas. El joven movió los labios y Magda adivinó lo que decía. Entonces recordó que tampoco aquella noche Hilda había pasado por la casa.

Magda también pensó que ya llevaba mucho tiempo buscando la Iluminación. Se le ocurrió que tal vez no la merecía. No pudo distinguir ninguna imagen en el televisor, sólo colores en movimiento. En la pared, colocadas en perfecto orden, lucían mudas las imágenes de un pasado que no parecía ahora el suyo.

Hilda no había regresado aún. Afuera los ruidos del vecindario continuaban su rutina, inalterables, bajo el rumor de un aguacero nocturno. Se asomó a mirar por la ventana y adivinó la silueta de un gato flaco en la oscuridad. Adivinó también las pequeñas desgracias que latían bajo la tierra de sus vecinos y se estremeció al pensar en el temblor de las revelaciones.

- Habrá que salir y averiguar qué le ha pasado - susurró apenas, los ojos fijos en la foto de Federico.

Apagó el televisor y salió a buscarla a pesar de la lluvia.

El ángel secreto

Estuvo meses soñando con aquel desconocido. Aparecía siempre cuando menos lo esperaba, siempre lejano, siempre desnudo, mirándola como si reconociera en ella un vínculo secreto. Al otro día Marina no recordaba ningún otro detalle del sueño, aparte de la impresión de aquel encuentro feliz.

La primera vez que lo soñó trató en vano de distinguir su imagen entre los conocidos; a quién estaré soñando ahora, se decía, casi avergonzada de no encontrarle un nombre a aquel cuerpo desnudo. Sin embargo, ya a media mañana había decidido no averiguar la identidad de aquel fantasma y disfrutar el recuerdo de su presencia fugaz.



A medida que fueron sucediéndose sus visitas inesperadas, Marina fue inquietándose cada vez más. Su marido percibió pronto que algo le sucedía - después de treinta años es difícil ocultar las emociones -, preguntó si algo le preocupaba y acabó por lanzarla inadvertidamente a los abismos de la culpabilidad.

En efecto, algo debía estar pasando, pensó Marina, y cada noche rogaba por la desaparición del espíritu perturbador. Pero he aquí que de madrugada, cuando inesperadamente encontraba al joven desnudo en el sueño, sonriéndole desde el rellano de la escalera o desde la ventana de una casa desconocida, Marina sentía desaparecer todas sus pequeñas tribulaciones y despertaba a la felicidad. Pasaba el día en una placidez deliciosa, sensible a los cambios del clima, a los sabores de las frutas y al contacto de su propia piel. En ocasiones llegaba a tararear por lo bajo alguna tonada hasta entonces olvidada, convocando mentalmente la imagen feliz del joven que, todavía lejano, todavía desnudo, continuaba mirándola con simpatía.

La próxima vez que su marido le preguntó, Marina pudo disimular sus inquietudes y descubrió el encanto del secreto. Después de todo, en treinta años había mantenido pocos que no fueran arrebatos de su fantasía. Volvió a dormir noches completas, sin interrupción, completamente quieta en su lado de la cama, como los muertos que guardan un enigma maravilloso.

Con el tiempo, no se sabe si por el mucho descanso o por las frecuentes visitas del joven, Marina pareció recobrar la lozanía perdida en los últimos años. Estos cambios no pasaron inadvertidos por su esposo, que para entonces aceptaba la extraña jovialidad de su mujer como una manifestación original de la neurosis femenina. De manera que los cambios operados en Marina tuvieron efectos directos en el humor de su marido, que observaba divertido los movimientos inéditos de su esposa.

Así hubieran seguido las cosas si Marina no hubiera regresado a su empeño de descubrir la identidad del joven. Analizó el contorno impreciso de sus apariciones, el físico y el gesto, su firme mirada de complicidad, y llegó a la conclusión de que debía ser, sin duda, un ángel. Sin embargo, a pesar de su certeza, le inquietaba aún su desnudez.



¿Acaso aquel estado sosegado y placentero se debía más a la desnudez del joven que a su entorno mágico? Este pensamiento la ocupó por varios días hasta que regresó el sueño una madrugada. En esta ocasión el hombre también aparecía de lejos, pero en medio de un descampado, bajo un cielo despoblado de nubes, no sabía bien ella exactamente dónde. Marina trataba de acercarse, y la belleza del muchacho, tan perfecto, tan quieto, se desdibujaba cada vez más en la distancia. Temió que desapareciera del todo y decidió despertar para no acabar de perderlo.

Este acto de voluntad cambió el humor de Marina. Acaso no era un sueño sino una fabricación suya, más atada a los designios de su voluntad que a los accidentes mágicos de la inconciencia y, por lo tanto, falsa. Consideró esta posibilidad como una traición a la maravilla, y de paso a su marido, y decidió no volver a soñar con el joven jamás.

Pronto el azar le trajo la respuesta. A pesar de la firmeza de su decisión, dos días después Marina volvió a soñar con el muchacho. Fue un sueño tardío, al filo del amanecer. Esta vez ella también estaba desnuda. Marina se vió a sí misma de rodillas, ocupada en deshacer los nudos de unas cuerdas en el suelo. Una luz mortecina invadía la habitación y apenas distinguió la figura del joven acercándose a ella hasta colocar delicadamente su mano sobre la nuca. Cerró los ojos para sentir mejor su tacto e imaginar su cuerpo y supo, todavía dormida, que su mano era real. La invadió una sensación de deliciosa voluptuosidad y no quiso moverse para no despertar. Había recuperado al ángel. El marido, a su lado, la sintió suspirar y se rebulló entre las sábanas.

Esa mañana, todavía con el recuerdo del tacto angélico, Marina tarareaba una vieja canción mientras tendía las sábanas frescas sobre la cama. Entraba noviembre con sus días ventosos y la luz se movía traviesa sobre la cama deshecha. Marina se concentraba en su labor, todavía feliz bajo los efectos del sueño. Cuando el marido salió del baño, la escuchó cantar en la habitación y, todavía desnudo, como hacía treinta años, se le acercó despacio. Marina reconoció la mano del ángel y, cerrando los ojos para sentir mejor su tacto, supo con certeza que se le desvelaba un misterio.



Anunciación (La habitación oscura 2006)

Yo bajaba la frente sobre el pecho
y su mano
- aquella que adivino en el anhelo
la que he visto inclinando el arco hacia la luz y la tristeza
ésta que queda tranquila sobre el cuello
dedos largos
tal vez más pálidos
tal vez más quietos -
siempre su mano
sobre mi cuello
aquí
incompleta.

He inclinado la cabeza y lo veo
también él callado y quieto
sólo su mano que llega como un pájaro
y allí trina una nota que no escucho
y promete un temblor que no interrumpo
en mi quietud.

Tal vez sea un cuerpo imaginado
perfecto en el calor, astro desnudo,
aquel que regresó a mi sueño.

Debía imaginar también su movimiento,
su inclinación feroz y su descanso
pero he quedado balbuceando su estadía
trazando como puedo
la geometría de esta coincidencia.



Epílogo (La habitación oscura 2006)

Seremos una edad oscura
el balbuceo su música de fondo
la misma palabra repetida
el mismo andar trastabillado,
aluminios veloces
más andamios
el grito, el tiro, el precipicio
la luz azul
el golpe, el ritmo, el calor
siempre el calor
un sofoco ancestral, escandaloso.

Miro arriba
a la altura de los límites del árbol.
No puedo evitar imaginarme
el ansia frutal de la palabra

- que me perdonen si es melancolía -

Déjenme soñar con el origen.

Que me perdonen por decirlo en voz muy baja.

Los señores, que mandan sobre el día,
disculparán que asombre la esperanza.



Navegación (poema inédito)

El cuerpo que contiene a mi fantasma
es el resto de un naufragio repetido:

Recuerda bien la transparencia
y el sol reverberando mar afuera.

A veces, el cuerpo rememora
el empuje suave hacia la orilla,

la vuelta violenta y vaga de su peso,
su fiel itinerario.

¿Qué debe hacer el cuerpo en su memoria
cómo recuperar el rumbo, la estadía?

Esto piensa el cuerpo mientras anda
sobre la tierra firme,
mientras piensa, atravesando el aire,
mientras mira, andando sabrá a dónde,
y siempre el mar, atravesado,
también recuerda al cuerpo, detenido.



***Trae la muerte (A José María Lima, siempre vecino...
versión inédita).***

Trae la muerte la dirección del aire,
la pausada presencia de las cosas.

Allá queda,
prendida por el ala de las hojas en caída,
dispuesta siempre a repetirse.

No hay en este andar en puntas
la huida que se estrelle contra el suelo,
ni el temblor púrpura del fin.

Acaso después una mirada
se asome al precipicio de su fuga,
y adivine un soplo, una promesa
e invente para sí más movimiento.
Acá queda translúcida en la textura de las hojas,
uniforme en su especie y maravilla,
la muerte, repetida nuevamente en su quietud.